

*En lo sucesivo procuraré tener más fe y
más confianza en la Providencia.*

“



Lancé un suspiro, sin saber qué responder al escuchar semejante reproche: sin embargo, me dije para mis adentros: En lo sucesivo procuraré tener más fe y más confianza en la Providencia. Después añadí:

- Y el presente, ¿qué me dices del presente?

Domingo me presentó un magnífico ramillete que tenía en la mano. Había en él rosas, violetas, girasoles, gencianas, lirios, siemprevivas, y entre las flores, espigas de trigo. Me lo ofreció diciéndome:

- ¡Mira!
- Ya veo, pero no entiendo lo que quieres decir.
- Entrega este ramillete a tus hijos, para que puedan ofrecérselo al Señor cuando llegue el momento; procura que todos lo tengan, que a ninguno le falte ni se lo deje arrebatar. Ten la seguridad de que si lo conservan, esto será suficiente para que se sientan felices.
- Pero, ¿qué significa este ramillete de flores?
- Consulta la Teología: ella te lo dirá y te dará la explicación.
- La Teología la he estudiado, pero no sabría encontrar en ella el significado del ramo que me ofreces.
- Pues estás obligado a saber todo esto.
- Vamos; calma mi ansiedad; explicámelo.
- ¿Ves estas flores? Representan las virtudes que más agradan al Señor.
- ¿Y cuáles son?

- La rosa es símbolo de la caridad: la violeta, de la humildad: el girasol, de la obediencia: la genciana, de la penitencia y de la mortificación: las espigas, de la Comunión frecuente: el lirio simboliza la bella virtud [...]: la castidad. La siempreviva quiere indicar que estas virtudes han de ser perennes, simbolizando la perseverancia.
- Bien, Domingo, tú que durante tu vida practicaste todas estas virtudes, dime: ¿qué fue lo que más te consoló a la hora de la muerte?
- ¿Qué crees tú que pudo ser?, contestó Domingo.
- ¿Fue tal vez el haber conservado la bella virtud de la pureza?
- No, eso solo, no.
- ¿Quizás la tranquilidad de conciencia?
- Cosa buena es esa, pero no la mejor.
- ¿Acaso fue la esperanza del Paraíso?
- Tampoco.
- Pues, ¿qué entonces? ¿El haber hecho muchas buenas obras?
- ¡No, no!
- ¿Cuál fue, pues, tu mayor consuelo en aquella última hora?, le insistí, confuso y suplicante, al ver que no lograba adivinarlo.
- Lo que más me confortó en el trance de la muerte fue la asistencia de la potente y bondadosa Madre de Dios. Dilo a tus hijos: que no se olviden de invocarla en todos los momentos de la vida. Pero... habla pronto, si quieres que te responda.
- En cuanto al porvenir, ¿qué me dices?
- Que el año venidero de 1877 tendrás que sufrir un gran dolor: seis hijos de los que te son más queridos serán llamados por Dios a la eternidad.

- Pero consuélate, pues han de ser transplantados del erial de este mundo a los jardines del Paraíso. No temas: serán coronados. El Señor te ayudará y te mandara otros hijos igualmente buenos.
- ¡Paciencia!, exclamé. ¿Y por lo que se refiere a la Congregación?
- Por lo que respecta a la Congregación has de saber que Dios le prepara grandes acontecimientos. El año venidero surgirá para ella una aurora de gloria tan espléndida que iluminara cual relámpago los cuatro angulos del orbe, de oriente al ocaso y del mediodía al septentrión: una gran gloria le está reservada. Tú debes procurar que el carro en el que va el Señor no sea apartado por los tuyos de sus directrices ni de su sendero. Si tus sacerdotes lo conducen bien y saben hacerse dignos de la alta misión que se les ha confiado, el porvenir sera espléndido e infinitas las personas que se salvaran, a condición empero de que tus hijos sean devotos de la Santísima Virgen y conserven la virtud de la castidad, que tan grata es a los ojos de Dios, cuantos viven en tu casa.
- Ahora desearia que me dijese algo sobre la Iglesia en general.
- Los destinos de la Iglesia están en manos del Creador. Lo que ha determinado en sus infinitos decretos, no lo puedo revelar. Tales arcanos se los reserva Él exclusivamente para sí y de ellos no participa ninguno de los espíritus creados.
- ¿Y Pio IX?
- Lo único que puedo decirte es que el Pastor de la Iglesia tendrá que sostener aún duras batallas sobre esta tierra. Pocas son las que le quedan por vencer.

- Dentro de poco será arrebatado de su trono y el Señor le dará la merecida merced. Lo demás ya es sabido de todos: la Iglesia no puede perecer... ¿Tienes aún algo más que preguntar?
- Y de mí, ¿qué me dices de mí?
- ¡Oh, si supieras por cuantas vicisitudes tendrás todavía que pasar! Date prisa, pues apenas me queda tiempo para hablar contigo. Entonces extendí anhelante las manos para tocar a aquel mi querido hijo, pero sus manos parecían inmateriales y nada pude asir.
- ¿Qué haces, loquillo?, me dijo Domingo sonriendo.
- Es que temo que te vayas, exclamé. ¿No estás aquí con el cuerpo?
- Con el cuerpo no: lo recobraré un día.
- ¿Y qué es, pues, este tu parecido? Yo veo en ti la fisonomía de Domingo Savio.
- Mira: cuando por permisión divina se os aparece una alma separada del cuerpo, presenta a vuestra vista la forma exterior del cuerpo al que en vida estuvo unida con todos sus rasgos exteriores, si bien grandemente embellecidos, y así los conserva mientras con él no vuelva a reunirse en el día del juicio universal. Entonces se lo llevará consigo al Paraíso. Por eso te parece que tengo manos, pies y cabeza: en cambio no puedes tocarme porque soy espíritu puro. Esta es sólo una forma externa por la que me puedes conocer.
- Comprendo, contesté: pero escucha. Una palabra más. ¿Mis jóvenes están todos en el recto camino de la salvación? Dime alguna cosa para que pueda dirigirlos con acierto.

- Los hijos que la Divina Providencia te ha confiado pueden dividirse en tres clases. ¿Ves estas tres listas? Y me entregó una.
- ¡Exáminala!

Observé la primera: estaba encabezada por la palabra: Invulnerati y contenía los nombres de aquellos a quienes el demonio no había podido herir: los que no habían mancillado su inocencia con culpa alguna. Eran muchos y los vi a todos. A muchos de ellos los conocía, a otros no los había visto nunca y seguramente vendrán al Oratorio en años sucesivos. Marchaban rectamente por un estrecho sendero, a pesar de que eran el blanco de las flechas, sablazos y lanzadas que por todas partes les llovían. Dichas armas formaban como un seto a ambos lados del camino y los hostigaban y molestaban sin herirlos.

Entonces Domingo me dio la segunda lista, cuyo título era: Vulnerati, esto es, los que habían estado en desgracia de Dios; pero, una vez puestos en pie, ya se habían curado de sus heridas arrepintiéndose y confesándose. Eran más numerosos que los primeros y habían sido heridos en el sendero de su vida por los enemigos que les asediaban durante el viaje. Leí la lista y los vi a todos. Muchos marchaban encorvados y desalentados.

- Domingo tenía aún en la mano la tercera lista. Era su epigrafe: Lassati in via iniquitatis y contenía los nombres de los que estaban en desgracia de Dios.

Estaba yo impaciente por conocer aquel secreto: por lo que extendí la mano, pero Savio me interrumpió con presteza:

- No: aguarda un momento y escucha. Si abres esta hoja saldrá de ella un hedor tal, que ni tú ni yo lo podríamos resistir. Los ángeles tienen que retirarse asqueados y horrorizados, y el mismo Espíritu Santo siente náuseas ante la horrible hediondez del pecado.
- ¿Y cómo puede ser eso, le interrumpí, siendo Dios y los ángeles impasibles? ¿Cómo pueden sentir el hedor de la materia?
- Sí: porque cuanto mejores y más puras son las criaturas, tanto más se asemejan a los espíritus celestiales; y por el contrario, cuanto peor y más deshonesto y soez es uno, tanto más se aleja de Dios y de sus ángeles, quienes a su vez se apartan del pecador convertido en objeto de náusea y de repulsión.

Entonces me dio la tercera lista.

- Tómala, me dijo, ábrela y aprovéchate de ella en bien de tus hijos: pero no te olvides del ramillete que te he dado: que todos lo tengan y conserven.

Dicho esto y después de entregarme la lista, retiróse en medio de sus compañeros como en actitud de marcha. Abrí entonces la lista: no vi nombre alguno, pero al instante se me presentaron de golpe todos los individuos en ella escritos, como si en realidad estuviera contemplando sus personas. ¡Con cuánta amargura los observé! A la mayor parte de ellos los conocía: pertenecían al Oratorio y a otros colegios. ¡Cuántos de ellos parecen buenos, e incluso los mejores de entre los compañeros, y, sin embargo, no lo son!

Mas apenas abrí la lista, esparcióse en derredor de mí un hedor tan insoportable, separada del cuerpo, ésta ofrece a vuestros ojos la forma exterior del cuerpo, que fue ya anteriormente informado por ella misma y por esto te parece que yo tengo manos y pies y cabeza, etc. que al punto me vi aquejado de acerbísimos dolores de cabeza y de unas ansias tales de vomitar que creía morirme.

Entretanto oscurecióse el aire: desapareció la visión y nada más vi de tan hermoso espectáculo: al mismo tiempo un rayo iluminó la estancia y un trueno retumbó en el espacio, tan fuerte y terrible que me desperté sobresaltado.



Además, del documento autógrafo de Don Bosco, hay diferentes borradores, que no dependen de este, sino que hacen referencia al relato oral del sueño, dado por Don Bosco en el Oratorio de Valdocco el 22 de diciembre de 1876, es decir, dieciséis días después de haberlo tenido.

Cecilia Romero resume esta segunda parte del sueño del siguiente modo:

Domingo Savio anuncia a Don Bosco severas órdenes del Señor, En cuanto al pasado, habría cosechado frutos mucho más abundantes si hubiera tenido más fe. Para el presente ofrece un ramo de flores, símbolo de las virtudes que deben cultivar los jóvenes. Para el futuro predice la muerte de ocho personas y augura un amanecer espléndido para la Congregación. Finalmente Savio revela el estado de gracia o pecado en el que se encuentran algunos jóvenes conocidos por Don Bosco. Un ruido fuerte, como de trueno, despierta a Don Bosco.

De nuevo Don Bosco recoge en este sueño, la triple categoría de jóvenes que ha venido haciendo a lo largo de otros muchos sueños. En la primera lista estarían aquellos que han sido capaces de conservar la pureza, en la segunda aquellos que han acudido al sacramento de la confesión para recibir el perdón por el mal cometido, y por último, aquellos que no han conservado la pureza ni han acudido a la confesión.

P. Stella hace un estudio arduo sobre este importante sueño comparando las siete fuentes que tenemos del mismo. Recojo aquí una traducción de la trama del sueño que él mismo hace en el volumen II de su obra "Don Bosco nella storia della religiosità cattolica" (508-509):

No sabía bien - narró Don Bosco- si leía o caminaba por la habitación o si estaba en la cama. De repente le pareció ver en un jardín paradisíaco una multitud de personas. Todos escuchaban una música deliciosa. Don Bosco reconoció entre otros a algunos salesianos: Don Alasonatti, Don Cesare Chiala y Don Giuseppe Giulitto. Con ellos vio a Domingo Savio. Después de la música, muchos se volvieron hacia Don Bosco. Entre todos destacaba el joven Savio por el esplendor de su rostro y sus vestiduras. Don Bosco le dirigió varias preguntas y Domingo dio explicaciones sobre la felicidad que disfrutaban los santos en el cielo, señaló el jardín reservado en ese lugar de delicias para los salesianos y sus jóvenes, entregó a Don Bosco un manojito de flores que simbolizan diversas virtudes y desveló algunas cosas ocultas futuras y presentes.

En cuanto al futuro, reveló que en 1877 morirían "seis más dos" entre los más queridos de Don Bosco, la Congregación Salesiana tendría una aurora de gloria cuyo esplendor se vería en las cuatro partes del mundo, Pio IX habría tenido todavía algunas batallas que librar. En cuanto al presente Domingo ofreció a Don Bosco tres listas en las que estaban claramente marcados los jóvenes que la Providencia le había confiado como hijos espirituales. La primera lista contenía la lista de los invulnerables. Don Bosco reconoció allí a muchos jóvenes del Oratorio. La segunda contenía el elenco de los vulnerables, es decir, de los heridos por el pecado, pero curados mediante el arrepentimiento y la absolución. Al entregar la tercera lista, Domingo advirtió que se encontraban los "relajados" in via iniquitatis. Don Bosco la abrió. No vio ningún nombre, pero como un relámpago, vio los que estaban escritos en el papel. Reconoció a la mayoría de ellos: eran estudiantes del Oratorio y de otros colegios salesianos. Un gran hedor se extendió por la habitación. Don Bosco se sintió presa de un fuerte dolor de cabeza, vio el relámpago, escuchó el estruendo de un trueno, se despertó sobresaltado con la sensación del hedor, temblando y con arcadas.

Como vemos en este resumen del sueño, uno de los dones de Don Bosco era el de la profecía. Muchos de los sueños que no recogemos aquí versan sobre la predicción de la muerte, no solo de jóvenes del oratorio, sino también de en la propio corte real. El propio Stella hace una ardua investigación sobre las muertes ocurridas en ese año en el entorno de Don Bosco, enumerando muchas más. El tema de la muerte estuvo siempre muy presente en el método educativo de Don Bosco. Cada mes se hacía el ejercicio de la buena muerte, y no dejó de inculcar en sus jóvenes esta preparación constante a una realidad que en su época era mucho más frecuente que ahora.